

Desafíos de los Punks a los educadores de hoy

Hay que estar alerta ante
las tendencias juveniles

PEDRO BLASCO CANO
(Profesor de Filosofía)

El autor recuerda en estas líneas lo que ha sido el movimiento PUNK en sus momentos originales y en las etapas recientes. Ofrece diversas reflexiones, presididas por una inquietud: a los jóvenes no hay que tomarles a broma.

Los punks se presentan ante la sociedad de esta década como un revulsivo desconcertante. Procedente de unos ambientes desahogados, son la viva conciencia de la insatisfacción y fuente de la irritación familiar más significativa de los últimos tiempos.

Como símbolo de otros movimientos y actitudes juveniles, aparecen ante los educadores como un desafío. Los adultos tienden a tomarles a broma unas veces. En ocasiones expresan por ellos cierto desprecio agresivo. Pero en el fondo sienten el complejo de culpabilidad de no poder entenderles, y sin embargo ellos, con sus ropajes ceñidos, con sus adornos, desconcertantes, con sus peinados estridentes y con sus músicas ruidosas, se declaran la voz de la protesta juvenil contra las instituciones y contra las costumbres.

La primera reacción de sorpresa se transforma fácilmente en un reclamo para la reflexión. Padres, sociólogos, líderes sociales, sobre todo edu-

cadores, intentan comprender lo que existe en lo profundo de esta tendencia y de otras, a fin de hallar cauces adecuados para acercarse y señalar caminos orientadores. Sin embargo, ellos se sonríen, pues se saben la reacción al sistema tradicional y se sienten incluso satisfechos de ser incomprensidos por los adultos y por los que tienen ya su vida hecha. Se defienden como fuera del sistema, no porque aspiren a un futuro diferente, sino porque realmente intuyen la necesidad de otra cosa (1).

Sin embargo, el educador debe estar siempre alerta a los fenómenos juveniles, de forma especial a los que pueden ser sintomáticos de actitudes más generalizadas. El movimiento Punk puede ser considerado, en España y fuera de nuestras fronteras, uno de esos hechos significativos y capaces de hacer pensar a los más responsables.

Por eso vamos a explorar lo mejor posible este fenómeno social. Al hacerlo corremos el riesgo de caminar por el mundo de las teorías. Sin embargo, lo más ajeno al mundo PUNK es la lógica y la coherencia. Representa la apasionada entrega a la existencia inmediata y muere cuando se le intenta supeditar a la reflexión. A diferencia de otros movimientos relacionados con la contracultura, no se refugian en romanticismos o idealismos. No se entregan a la ecología, a la fantasía o a la revolución. Su pragmatismo les arroja en brazos del consumo y están dispuestos a aprovecharse descaradamente de todo. Su ideal de vida es carecer de ideal y aprovechar lo concreto, lo sensible y lo cercano, sin buscarlo con angustia, pero sin dejar pasar ninguna ocasión que se presente. Esto es precisamente lo más desconcertante para el educador. Cualquier intento de ordenación y de orientación social, moral, espiritual, estética o política es acogida con fría indiferencia. El verdadero Punk se halla inmunizado contra los consejos. Y cualquier adolescente o joven que simpatiza con sus estilos se va alejando de la mínima permeabilidad a valores ajenos al hedonismo, que no erotismo, y a ajenos a la inmediatez. Alguna de sus canciones dice que «la vida es tan asquerosa, que vale la pena vivirla deprisa».

Para entender a los punks, si de entendimiento se puede hablar, hay que acudir a su mundo. Más que hablar con ellos, hay que dejarles hablar. Y más que buscar justificaciones a sus comportamientos y actitudes, es necesario observar. Estas líneas están elaboradas casi materialmente en las escalinatas o en los antros donde ellos se reúnen «para estar juntos» y para sentirse menos solos. Oyendo a alguno decir que «las revoluciones no merecen la pena, pues sólo sirven para dar poder

(1) Confr. E. Morin, *Para salir del siglo XXI*. Barcelona. Ed. Kairos, 1982. Cfr. también R. Taifel, *Grupos humanos y categorías sociales*. Barcelona. Herder, 1984.

a los poderosos», ha nacido la inquietud de buscar caminos para quien no se ha adentrado todavía demasiado en el mundo derrotista y anárquico de estos grupos marginados (2).

No quiero hacer una teoría ni una pedagogía correctiva, lo cual exigiría más datos y más tiempo. Lo que pretendo es trazar unas observaciones sacadas de la experiencia y lanzarlas a todos aquellos educadores que tienen en sus aulas muchachos y muchachas simpatizantes con lo que representa el mundo Punk y que son eventualmente adictos al movimiento en mayor o menor grado de compromiso y entrega.

Porque hay dos niveles en el compromiso Punk. El que se halla ya integrado y busca los atuendos, las expresiones, los comportamientos y las relaciones permanentes, por regla general restringidas, con lo que el Punk significa. Y el que está en camino, avanzando con más o menos celeridad según sus situaciones familiares, su grado de inteligencia, sus perturbaciones afectivas y sus estímulos exteriores. Estos son mucho más de los que a veces sospechamos.

Las horas pasadas con integrantes del primer grupo nos han hecho intuir que hay algo muy extendido en el mundo juvenil que les empuja a simpatizar y hasta contactar con lo que define al punk: con la tristeza de sus trajes negros, con la sequedad de sus prendas de cuero, con el desconcierto de sus maquillajes carnavalescos, con la agresividad de sus peinados desafiantes y, sobre todo, con la ironía a veces mordaz de sus canciones nauseabundas. No existen rasgos comunes, ya que cada grupo elabora su propio mosaico de signos y de significados. Si en los primeros años existió cierta uniformidad mimética, y en España importada, en la actualidad el movimiento, que a veces se denomina de los pot-modernos, los rasgos varían hasta cierta tendencia a la desidentificación. Por eso los «after-punks» son más pluriformes y variados. Sin embargo, existen ciertas formas sociales y convivenciales con las que los punks son irreconciliables: la autoridad, el trabajo regulado, la confianza en el porvenir, la aceptación de las estructuras o de las legislaciones.

Para no hacer mera literatura sobre lo que es punk o no lo es, vamos a reflejar lo que hemos visto y oído. Sin embargo, la visión «madrileña»

(2) El movimiento Punk surgió al final de los 70. A España llegó en dos olas sucesivas: una en los 80, para grupos selectos. Otra más reciente en estos dos o tres años actuales, previendo que va a durar todavía unos años más. Los contactos personales que tuve visitando y frecuentando sus reuniones, sobre todo en la ciudad cosmopolita de Madrid, ha reavivado mi curiosidad actual. Si hace una media docena de años sólo en Madrid y Barcelona había Punks, ahora los hay en casi todas las ciudades. Lo que digo en estas líneas está cocido en el rescoldo madrileño, pero tengo la certeza de que vale para los demás lugares.

de los datos que aportemos no debe ser fácilmente extrapolada a otros ambientes, pues lo punk es movimiento y no organización, es estilo y no criterio, es disposición y no simple moda. Si el punk madrileño es pacífico, puede resultar que el punk de Bilbao sea ante todo violento. Si el punk de Londres es político, aunque sólo lo sea por su ironía, puede resultar que el punk de Sevilla ignora hasta el sistema en el que vive. Si el punk de Amsterdam es ecologista tal vez el de Valencia no sienta ningún interés por la sociedad del Mediterráneo.

Somos conscientes de no haber empatizado mucho con los grupos que hemos frecuentado, aunque hemos hecho intentos en ropaje y en lenguaje de asemejarnos a ellos. Carácter, educación, prejuicios, estilo de vida y muchas cosas más, han impedido entender todo lo visto y oído. Sin ser punk de corazón, es difícil acomodarse a las formas externas. Hemos prescindido también de lo convencional. En el caso de los punks sería engañoso. Hemos prescindido también de lecturas punks para mentalizarnos, aunque leer a Hebdige y a Blake pudiera habernos proporcionado cierto tono conforme con la experiencia Punk. Hemos preferido un trabajo de campo y de base predominantemente experiencial, el cual probablemente es el atajo único para acercarse a este tipo de realidades juveniles.

El movimiento punk es sin duda una subcultura y como tal posee una curiosa originalidad. Tal vez en este rasgo radica su capacidad de influencia y su atractivo juvenil. Al adentrarnos en ese mundo de alcantarilla y subsuelo, hemos tenido que abandonar todos los prejuicios adquiridos en la revolución juvenil de 1968. Pensábamos que algo queda del idealismo y del espíritu de entonces, y hemos tenido que reconocer que la revolución de la imaginación no es equiparable que esta otra realidad actual (3). Sin embargo, no se puede olvidar la fuerza de aquel estallido juvenil y su influencia en muchas manifestaciones posteriores, entre las que hemos de contar a los punks y también a los «after-punks».

PERO ¿QUE SIGNIFICA PUNK?

El movimiento Punk se presenta ante los espectadores como una ola más de la ola contracultural de los últimos decenios. Pero ¿es contracultura en sentido estricto esta tendencia?

Los movimientos contraculturales hacen referencia como eco histórico a un lugar y a una etapa: Estados Unidos y la década de los sesenta.

(3) Cfr. Mayo 68: *La imaginación al poder*, José María Vidal. Barcelona. Bruguera, 1978.

Uno de los principales divulgadores del término, Teodoro Roszak, confesaba en 1976: «Tengo ahora la certeza de que ya no queda contracultura» (4). Hacía con ello referencia al movimiento beat-hip, que como tal movimiento rompía ya entonces determinados idealismos y se lanzaba a reclamos y aspiraciones más vulgares y concretos.

Luis Racionero utiliza en sus reflexiones el término «underground» y critica el carácter erróneo de su traducción por «contracultura». «Counter» no tendría que ser traducido como «contra» (en inglés «against»), sino como «contrapeso». Ello equivale a pensar que etimológicamente el concepto de contracultura no implica oposición, sino compensación, y que más que enfrentamiento, hay que entenderlo como superación (5).

Por eso esta idea viene a significar, en un sentido muy amplio, toda aquella sensibilidad del individuo y del grupo, cuya relación con el entorno, con los demás, consigo mismo, varía según los clichés tradicionales de la cultura burguesa y capitalista.

Hay que especificar con Andrés Tornos (6) que este fenómeno no se define por su oposición a la tecnocracia, sino que es la oposición la que actúa como aglutinante de una forma original de valorar, sentir y percibir y pensar. Resulta nueva y da paso a nuevas jerarquías morales, sociales y espirituales; y esto supone nuevas perspectivas de vida en muchas personas, especialmente jóvenes, que deben hacer pensar en profundidad a todos aquellos que se sienten responsables de sus vidas y de sus relaciones.

Algunas denominaciones que recibe esta actitud y este fenómeno resultan curiosas. «Desmodernización» es la que utiliza Berger, para señalar que la sociedad tecnocrática no es nuestro medio natural de vida y que por lo tanto sitúa al hombre como «fuera de casa». En este sentido el término invita a un regreso al medio propio del hombre, incluso a costa del progreso actual. Daniel C. Noel habla de fenómenos «postmodernos». Touraine hace referencia a la cultura postindustrial. Cohn Bendit habla de movimientos subjetivos (7). Los nombres varían mucho sin correspondencia necesaria con conceptos estables y unívocos, si es que de conceptos se puede hablar en este mundo móvil e informal de la cultura subjetiva. Es precisamente lo que hace difícil cualquier intento de comprensión educativa y de actuación educadora, cuando alguien pretende rescatar a las personas inmaduras que se mueven en sus caprichosas y tornadizas aguas. Por buenas que sean sus intenciones pro-

(4) Cfr. Teodoro Roszak, *Reflexiones sobre una sociedad tecnocrática y su oposición juvenil*, Barcelona. Kairos, 1976, pags. 55 y 57. Cfr. también de Roszak, *El nacimiento de una contracultura*, Barcelona. Kairos, 1984.

(5) Cfr. L. Racionero, *Filosofías del underground*, Barcelona. Ed. Anagrama, 1977.

(6) Cfr. *Contracultura y nuevo cristianismo*, Madrid. Razón y Fe. Marzo, 1979.

(7) Confr. Varios, *Vivir entre dos culturas*, Madrid Ed. Serbal, 1983.

tectoras, surge el interrogante frecuente de si es mejor mantener los caminos consagrados por la tradición o si el respeto a la libertad debe llegar a la tolerancia con nuevos caminos de relación y de vida.

A simple vista el movimiento Punk es una *estridencia*. Cuando se penetra en su tristeza, en sus aspavientos y quejas, en su derrotismo pragmatismo, nace la duda de si más bien es un grito de alerta y una llamada carismática a la salvación de los hombres amenazados por la mecanización, el desconcierto o la ambición.

¿POR QUE NACE UN MOVIMIENTO ASI?

«En la segunda guerra mundial, no solamente cayeron muertos más de diez millones de hombres, sino que los dos bandos hirieron de muerte el alma entera de occidente. Los jóvenes intelectuales europeos y americanos, miraron atrás con ira, hacia la sangrienta matriz de su cultura. Fue entonces, alrededor de los años cincuenta, cuando la que después sería llamada «generación de la mochila», se alejó de la sociedad y de la cultura que estaba siendo convencionalmente transmitida» (8).

En pensamiento y en textos como estos, encontramos quizás la base más fuerte para entender el fenómeno de la huida juvenil. La segunda guerra mundial y las afloraciones de la época de paz, en las que luchaba el ansia de seguridad y la realidad cruel del mundo: guerra fría, recuerdo de Hiroshima, amenazas de bomba, caza de brujas «maccartistas», creciente consumismo, pobreza negra en América y masivas emigraciones laborales en Europa, frustración y desconfianza en los políticos, tensiones en el neocapitalismo, etc. (9).

En América, con su inevitable influencia en el resto del mundo, surgen dos tipos de reacciones: Una está representada por el hipster existencialista, apolítico, violento, frío. La otra nace con el beatnik, el joven intelectual, pacifista, poeta, amante del sexo, del misticismo y de la marihuana. El hipster pronto desaparece. Su protesta no cautiva. El beatnik sobrevive al nacimiento de una contracultura más difundida. Ambas actitudes son expresión de la denuncia existencial y dolorosa de las atrocidades pasadas, de las muertes y locuras de una generación enferma por los odios y las ambiciones. De una forma colectiva adquieren estos gritos significación en escritos como «Aullido» de Ginsberg

(8) Esta idea es de Fátima Miralles, en su artículo: La juventud alienada, publicado en *Karkomillas*, 1978.

(9) Cfr. Zamboni, *Los jóvenes entre la droga y la esperanza*, Madrid. Edit. Ciudad Nueva, 1984.

y todos los frutos de los que Mario Maffi llama cultura underground (10).

La historia de este movimiento es irónica y desconcertante. Nos la resume L. Racionero (11). En los años sesenta y en el marco histórico cultural de Estados Unidos de América, resaltan determinados hechos típicos de la década: aumento de la desocupación debido a la tecnología; problemas derivados de la inflación; posturas más radicales en el mundo obrero, producción de lo superfluo y rápidamente elaborado y consiguiente masificación del consumo, permanencia práctica de tensiones y diferencias étnicas (en 1965, es asesinado el dirigente negro Malcom X); progresiva liberación de la mujer (nace el movimiento de liberación femenina en 1969); incremento de movimientos homosexuales; explosiones antibélicas traumatizadas por la angustiosa guerra del Vietnam (en 1969 Daniel Berrigan, sacerdote católico, ocupa una caja de reclutas y quema miles de cartillas militares); incremento manipulador de la TV y de los mass-media, se vive con pasión la carrera y conquista lunar; la sociedad del plástico y del dólar se hunde en lo convencional y en lo automático; la vida humana en «colmenas urbanas» se vuelve asfixiante... Con situaciones sociales y personales de estas características, el «underground» o contracultura va afianzándose y salta de lo subterráneo a la superficie. Se presenta como fenómeno de masas y no como ocurrencia de marginados. Se convierte en el lenguaje del joven americano desilusionados y sin ideales.

Aparecen nuevos atractivos que arrebatan a muchas oleadas de jóvenes. Se incrementan el gusto nostálgico por la naturaleza y la consiguiente potenciación de los movimientos ecologistas. Se vuelven los ojos a las filosofías orientales y surgen los gestos y símbolos inconfundibles en ornatos, prácticas deportivas, lenguajes y relaciones.

En Europa, salta el mayo de 1968, como expresión caótica de disconformidad y de protesta. Se ponen en duda las estructuras y se rechazan los esquemas clásicos de economía, de política, de gobierno, de relación internacional. Y es el mundo juvenil el que, para sorpresa de los mayores, encabeza la nueva revolución (12).

Al comenzar la década de los setenta, el término y el estilo underground ya ha tomado carta de naturaleza. Multitud de bandas, juveniles o no, constituyen ese agresivo «movement» que tiene mucho de amenaza, pero al que no se puede negar cierta dosis de animación. Se enarbola

(10) Cfr. M. Maffi, *La cultura a Underground*, Barcelona. Anagrama, 1977. Vol. 2. p. 25 a 53.

(11) Cfr. L. Racionero, *Filosofía del underground*, Barcelona. Anagrama, 1982. pp. 12 y 55.

(12) Cfr. L. Orensanz, *Contracultura y revolución*, Barcelona. Ed. Castellote, 1976.

la bandera de la liberación colectiva y de los individuos, sin entrar en juego actitudes exegéticas sobre lo que realmente configura la libertad (13).

ALGUNAS RAICES DE ESTE MOVIMIENTO

Mods, Rockers, Skinheads (cabezas rapadas), aparecieron como grupos diferentes y paralelos en Inglaterra y en tiempos posteriores en otras grandes ciudades del continente. Una figura clave para la formación del movimiento fue Malcon MacLaren. Puso una tienda de ropa y vendía diseños suyos. Sus compradores eran gente del mundo musical, pero que poseían cierto estatus económico. Malcon MacLaren no quedaba satisfecho y remplazó su tienda de ropa por una sex-shop. Junto a los artículos propios de este tipo de establecimientos vendía también ropas de cuero: minifaldas, cazadoras, etc, junto a ropa militar, collares de perro, pantalones de espuma muy ceñidos a las piernas, etc. Todo esto fue el desencadenante de una forma de vestir uniforme y típica, la cual fue asimilada por muchos miembros de los grupos juveniles antes citados. Se constituyó con este estilo el movimiento punk.

Hay que precisar que mods, rockers, punks, no existen como prototipos que podríamos llamar puros. Coexisten entre ellos, y desde el principio, de forma bastante mezclada y diluida. Muchos de los participantes oscilan entre los grupos y emigran con facilidad de un estilo a otro. Malcon MacLaren hizo mucho dinero. Se hizo productor de algunos grupos musicales que compartían sus ideas. Tenemos que recordar a los Sex-Pistols.

Al celebrarse el jubileo de la Reina Isabel II de Inglaterra en 1977, los Sex-Pistols componen y cantan una canción: «God save the Queen», donde mandaban a «tomar por ... el saco» a la Reina y a las instituciones: Iglesia, ejército, sociedades, familia, etc. La canción, y el disco en el que estaba incluida, titulado «Never Mind the Bollocks» (No me toques los huevos), producen gran escándalo. Las censuras caen sobre él y se le proscriben siempre que se puede. Junto a la canción y al disco aparecen ordinariamente posters de la Reina con alfileres clavados en la cara. La misma oposición de las «fuerzas establecidas» contribuyen, como es normal, a su popularidad y difusión.

El movimiento Punk nace en medio del escándalo y del mal sabor de boca que deja en los adultos «establecidos». Pero provoca cierto secreto regusto en amplios sectores juveniles. Frente al rock sinfónico de un Pink Floyd y a los supergrupos musicales conocidos, los Sex-Pistols

(13) Cfr. A. Miguel, *Los narcisos*, Barcelona. Kairos, 1979. p. 3.

dan lugar a la constitución de otros muchos grupúsculos, sin grandes figuras, pero con una música dura y agresiva. Se les prohibía tocar en la ciudad de Londres. Pero los Sex-Pistols tocaban en una barca, en medio del Támesis, y la gente les oía y veía desde la orilla y desde los puentes.

Así comenzaron también múltiples explosiones de violencia: provocaciones a los espectadores, salvajadas, rotura de guitarras e instrumentos, insultos eran lo corriente en sus intervenciones. Las letras de las canciones reflejaban también el nuevo modo de pensar y de hablar, siempre rondando lo despreciable y la agresividad.

Los nombres de los componentes de este grupo típico eran bastante significativos: Sid Vicious (Sid, el Vicioso), Johnny Rotten (Juan, el Podrido), etc. Sid el Vicioso muere de sobredosis a los dos años aproximados de la constitución del grupo y éste se disuelve, dando paso a la constitución de una nueva etapa, que algunos llamaron ya «After-punk», en donde en parte se suaviza la violencia y la música se hace más pop, menos dura, con menos agresividad ofensiva.

Malcolm McLaren creó una estética. Los Sex-Pistols crearon la música. Estética y música serían los catalizadores del estilo punk. La difusión continúa. Pero el tiempo es como un detergente que diluye la grosería y la irritación. El estilo punk sigue, pero ya no como originalidad, sino como estilo de protesta. En Europa ya no existe el punk radical. Existe el after punk, muy extendido en ciertos ambientes juveniles. Representan un modo específico de pensar. Y es ante sus criterios donde muchas fuerzas sociales, pasadas ya las épocas de la sorpresa inicial, toman hoy base para reflexionar y para actuar.

El movimiento punk tardó mucho en llegar a España y desde luego lo hace con cierta originalidad entre los años 80 y 83. Al principio sólo cuajó en Madrid. Después se extendió por otras provincias, principalmente por la música y por el programa radiofónico «Esto no es Hawai» de Radio 3. En dicho programa de radio emitían grupos españoles de Rock, fueran o no fueran Punks. Tenían que enviar sus grabaciones previamente, pues no eran admitidos en directo, por el riesgo que representaban para el productor. Hubo en ocasiones ráfagas de popularidad, por ejemplo, con el grupo vigués «Siniestro Total» (equiparable en España a los Sex-Pistols). Su música aparecía continuamente en el citado programa. Y se dio una evolución rápida al igual que en Inglaterra. El mejor cantante de «Siniestro Total» se pasó al grupo «Golpes bajos», más elaborado y comercializado. Estos grupos se caracterizan por su escasa duración (14).

(14) Es difícil encontrar nombres significativos y alguna duración. Algunos grupos se regionalizan como Eskorbuto de o Herzkainak de la zona vasca. Pero la mayor parte se nutre del escepticismo y el nahilismo social, político y religioso.

El Punk radical tampoco existe ya en España. Pero el after-punk sigue implicando cierta novedad y a veces nutre su popularidad con el escándalo como en el caso de «Las Vulpes». La cuestión es dilucidar si estas explosiones, con frecuencia motivadas por atentados éticos y religiosos que irritan la sensibilidad colectiva, son fruto de la prensa sensacionalista o responden a lenguajes musicales, estéticos, sociales o convivenciales con vigor original.

De hecho la mayor parte de los jóvenes, y sobre todo adolescentes, que se encuadran en grupos o movimientos punks reconocen que están allí sólo para protestar contra sus familias, contra sus estudios o contra sus limitaciones sobre todo económicas. La escasez de creatividad es característica de los punks peninsulares (15).

La reciente vinculación entre los Punks y los actos de violencia, que va penetrando en la conciencia colectiva de la sociedad, y se ha plasmado en múltiples juicios de prensa por acontecimientos sucedidos en Bilbao, Valencia, Vitoria, Alicante, es precipitada, al menos para quien ha penetrado en grupos más estables de jóvenes punks de Madrid y de Barcelona. La prensa necesita mitos que popularizan, como es el caso de «El Cojo». Pero no hay que dejarse engañar ni despistar. El movimiento punk es una expresión de desilusión y no una plataforma de agresividad. Quienes se encuentren con jóvenes y adolescentes que se inclinan a esas formas de expresión deben entender mucho de la marea subconsciente que en ellos implica fenómenos como el desempleo juvenil, las carencias afectivas familiares y el vacío espiritual. Sólo así podrán comprender y actuar en consecuencia (16).

EL MOVIMIENTO PUNK COMO SEÑAL DE ALARMA

Es evidente que los elementos contraculturales, aun situándose en posición marginal en relación a la cultura burguesa, se presentan como alternativa cultural. Son como un feed-back para el orden establecido. A pesar de la distorsión temporal que en ellos señala A. Miguel (17), encontramos en ellos un intento de axiología original. Atacan a los esquemas tradicionales y rompen con la normalidad convencional.

(15) Cfr. J. L. Aranguren, *Juventud europea y otros ensayos*, Barcelona Ed. Seix y Barral, 1982. Es idea también, atribuida a toda la juventud en general de A. Lafuente, *La juventud belicosa*, Madrid Ed. Andina, 1983.

(16) Cfr. K. Friedlander, *Psicoanálisis de la delincuencia juvenil*, Madrid Paidós Ibérica, 1981.

(17) A. de Miguel. Ob. cit. p. 36.

Algunos de sus rasgos son llamadas agrias de atención: ruptura del monopolio de la razón y simpatías orientales; revalorización del cuerpo y de las experiencias incluso exóticas (drogas); nuevas perspectivas en las relaciones sociales; nueva búsqueda de la naturaleza y deseo de cambio en la sociedad, etc. En parte tienen sin duda razón. La sociedad tecnificada no asegura la felicidad del hombre. La ciencia no garantiza la paz o la convivencia. Los etiquetajes subyugan al hombre religiosa, política, racial, económicamente y se mata la imaginación que es una fuente de progreso y de promoción.

La contracultura no rechaza la razón, sino su predominio que encasilla el conocimiento del mundo.

Es la parte de la verdad la que origina alarmas. Y son las contradicciones y las inconsecuencias, tan manifiestas en los punks, las que originan desconcierto, las que provocan desaires entre los mismos pensadores y las que reclaman serias reflexiones y acierto en la actuación (18).

«Los que optan por la razón nos amenazan sombríamente con las catástrofes producidas por haber dejado el intelecto sumido bajo la tibia corriente del sentimiento» (19).

Por eso la contracultura reivindica el derecho a imaginar, a crear sin limitaciones racionales y sin frenos legales. Intenta desbordar el razonamiento y hallar nuevos caminos, los cuales parecen imposibles si no se renuncia a la comodidad de los ya conocidos. Por eso fomentan las experiencias nuevas, entre las que destacan las psicodélicas. Por eso se asumen alianzas con concepciones orientales, tan diferentes de la racionalidad grecocristiana.

Frases como la de Steve Wonder: «Solamente somos inválidos cuando nuestras piernas no pueden avanzar en la dirección del amor» (20), se convierten en interpelaciones para quien se enfrente con honradez con aquellos jóvenes desengañados que las asumen hasta sus últimas consecuencias.

Por eso el movimiento punk representa una seria llamada de atención a todos los responsables del mundo presente y les debe hacer vacilar en sus dogmas tradicionales. Si la vida es búsqueda de lo nuevo, no hay que cerrarse en el pasado y hay que volverse sensible a las demandas de quienes se sienten insatisfechos o inseguros con ello.

Uno de los aspectos más interpelantes de los movimientos contraculturales, y del movimiento Punk entre ellos, es el de la valoración que

(18) Cfr. Ch. Meves, *Juventud manipulada y seducida*, Barcelona. Herder, 1983.

(19) T. Roszak, *El nacimiento de una contracultura*, Barcelona. Kairos, 1976. p. 45.

(20) Citada por E. Morin, *Diario de California*, Madrid. Fundamentos, 1973, p. 45.

hacen de las experiencias psicodélicas. La contracultura promociona alternativas a conocimientos que no sean meramente racionales. Mario Maffi hace una especie de historia de lo que ha significado en ellos la afición a las drogas (21). En la década de los cincuenta y sesenta, la droga era considerada por multitud de adictos como un rito existencial frente al vacío de la postguerra y como desafío al puritanismo burgués y a sus consecuencias sociales. Se estimulaban las experiencias personales y también las colectivas, como formas de comunicación, comunitarias, místicas, idealistas y pseudoreligiosas. Al llegar la década de los setenta y sobre todo de los ochenta aparecen peculiaridades nuevas. Se buscan otros modos de conocerse a sí mismo y de vivir la realidad vital y hasta se considera la experiencia psicodélica como entrada secreta propia de mentes maduras y cultivadas (22). La novedad psicodélica abre al cosmos de forma diferente y se convierte en realidad somática, al estilo del «mundo feliz» de que habla Huxley. Se llega a considerar al tóxico como fuerza integradora en el cosmos y como forma de liberación. Unas veces se hace de forma teórica (23). Pero los jóvenes y los adolescentes que se adhieren a estas actitudes menosprecian las justificaciones teóricas y prefieren comprometerse de forma impulsiva y experiencial. Así surgen situaciones de ruptura y de búsqueda, que desconciertan a quienes las condenan por principio, pero se quedan sin argumentos cuando se apuran los razonamientos.

Kristol señala que cuando los consumidores de drogas formulan la pregunta: ¿Por qué no?, sus críticos se quedan muchas veces sin razones sólidas y terminan diciendo: «por que, simplemente, no». Pero con eso ni les convencen ni les apartan, a no ser que sepan dar otras motivaciones más positivas.

Unas palabras de Wats nos pueden hacer pensar: «Mis experiencias con sustancias psicodélicas han tenido cuatro características dominantes: la primera es la deceleración del tiempo. Encontré una forma de detenerme en el presente. La segunda la llamaré conciencia de polaridad; esto significa que lo que encontramos de lucha en los estados, cosas o sucesos, yo lo descubrí como estrechamente interdependiente, al igual que sucede entre los polos de un imán. La tercera, corolario de la anterior, es la relatividad de todo. Me veía como eslabón en la jerarquía de seres y procesos que van desde las moléculas hasta los mismos seres humanos. Y la cuarta es el descubrimiento de la energía eterna del universo, la cual juega el escondite consigo misma. Así me

(21) Cfr. Maffi, *La cultura underground*, Barcelona. Anagrama, 1977. Volúmen 2. Cfr. también G. de Francisco, *Problemática del adolescente drogadicto*, Madrid. Ed. Norma, 1981.

(22) T. Roszak, *El nacimiento de la contracultura*, Kairos. Barcelona, 1984. p. 175 y ss.

(23) Cfr. A. Wats, *El Gran Mandala*, Barcelona. Ed. Kairos, 1977. p. 18.

me di cuenta de que básicamente los hombres somos el rostro de Dios, porque Dios es todo lo que existe» (24).

Si preguntamos a un punk por el sentido de la droga, pronto reacción con indiferencia ante textos como el de Wats. Y no tarda en reconocer que puede ayudar mucho a «meterse en el rollo» y para «estar en la movida». No es que punk se identifique con drogadicción. Precisamente es el estilo menos consumidor de tóxicos entre los diversos grupos y movimientos relacionados con lo contracultural. Por para él es una forma de entrar en juego con nuevas experiencias, o lo que es lo mismo «escaparse del juego» de las convencionalidades y dedicarse sin más a vivir su propio presente.

El vacío existencial encuentra en el Punk su máxima expresión. Su gran drama interior es precisamente la carencia de razones, de argumentos, de ideales, de objetivos y de estrategias. Por eso ellos representan el último eslabón de una cadena de alarmas. Y por eso sociológica, espiritual y pedagógicamente pueden ser considerados como la más cercana y reciente de las alarmas. Es el punk como una fotografía del vacío, como una expresión del cansancio, como una repugnante figura de la degradación vital en un momento en que, por edad, es necesario mirar al futuro personal y colectivo para hallar razones de existir. Este sentido tiene la gran alarma de que habla Díaz Plaja (25).

Por eso los punks emplean con gusto expresiones asquerosas... «quedarse hecho una mierda en medio de la mierda», «buscando el placer de la alcantarilla» «...sintiendo el gusto de la basura»... De esta forma triste aspiran no a un «Nirvana misterioso» del que pueden oír hablar en las filosofías orientales, sino a una «apaceía», tranquilidad, indiferencia, más allá de las fronteras de un pacifismo egocéntrico y de un nihilismo aterrador.

LA RESONANCIA DE LO ORIENTAL

Cualquier persona, por muy enmarcada que se halle en un movimiento o en una institución, no puede renunciar a su fantasía y a su ensoñación y buscar refugios en concepciones que de alguna forma rompan con la imposición ambiental. Esto acontece también con los jóvenes punks, al menos con los más cultivados y los más reflexivos. Y es en

(24) Cfr. Wats, *Ob. cit.* p. 105 y ss.

(25) Cfr. G. Díaz-Plaja, *La contracultura y otras alarmas*, Barcelona. Edit. Plaza et Janes, 1980.

las tradiciones, sistemas y filosofías orientales donde encuentras esperanzas y lenguajes con que cubrir sus doloros vacíos.

«Casi todo lo underground ha tomado la retórica orientalista en sus aspectos folklóricos» (26). Es una necesidad de sustitución del aconfesionalismo y del agnosticismo. Se siente gusto, dice también Roszak, (27) porque tenemos en ello una tradición que pone en tela de juicio la solidez de la concepción científica del mundo, la supremacía del conocimiento cerebral y los valores firmes de las conquistas tecnológicas».

Si se pregunta a cualquier punk por sus simpatías por las filosofías y los valores orientales, es explícito en su rechazo al menos de palabra. Lo hemos comprobado en la totalidad de las alusiones formuladas. Pero curiosamente existe un subconsciente deseo de refugiarse en ello. El hecho confesado por algunos dirigentes del Hare Krishna de Madrid y de sus granjas de Guadalajara, de que antes sus adeptos estaban entre los ejecutivos y funcionarios hartos de vaciedad y de formalidad y en los últimos años la mayor parte de los adeptos provienen de chicos hartos de basura y que buscan en su fe el paño para limpiarse, puede confirmar nuestras primeras sospechas.

El punk, como tantos otros jóvenes, confiesa que «cada uno se lo monta como puede». Pero su vacío interior se convierte en él en látigo y en aguijón que siempre le persigue como si lo que posee no resultara satisfactorio y antes o después tiene que terminar buscando otra cosa.

El punk es triste, sensorial, displicente, incluso amargo y agresivo, aun que carece de planes para exportar fuera de sí su tremenda decepción. Por eso se presenta como el más inestable de todos los adeptos, sabiendo incluso que tiene de común con todos los movimientos marginales «una inestabilidad que es el reflejo de la inseguridad» (28).

Muchos de ellos podrían regresar a las creencias y a la ética de sus padres, de sus ambientes familiares, incluso de los sistemas educativos en los que un alto porcentaje sigue inmerso. Pero esto sería visto por ellos como una claudicación y normalmente queda en la casi totalidad cierto orgullo juvenil y afanes de originalidad y de independencia. Por eso es más interesante, y hasta más lumninoso, emigrar a expresiones, ritos y hasta creencias orientalistas. De aquí viene la frecuencia de sus aficiones búdicas y la frecuencia de sus compromisos con ritos esotéricos, de los que también saben aprovecharse multitud de sectas religiosas o pseudoreligiosas, detrás de las cuales no falta con frecuencia hipócritas montajes económicos.

(26) L.Racionero, *lugar cit.* Vol 2. pg. 79

(27) Roszak, *El nacimiento de la contracultura*, Ed. cit. pg. 139 a 168

(28) Cfr. J.R. Ribeyro, *La juventud en la otra ribera*, Barcelona. Ed. Vergara. 1983.

Pero el tinte orientalista purifica muchas de las deficiencias que racionalmente sería fácil encontrar (29). Lo oriental hilvana el afán de originalidad y la seguridad de algo que ya existe y no es necesario comprobar. No en vano cualquier joven necesita seguridad; y, por muy asqueado que se encuentre de la vida, respeta y admira la sabiduría, al menos cuando se presenta como asequible para los rasgos de la propia personalidad. El punk se presenta como reacción y desprecio contra lo establecido, pero no es capaz de renunciar a la vida, como no renuncia a la comida, a la compañía, al aire, al autoafianzamiento y al sexo.

El amor al cuerpo

Aún perviven en nuestra cultura todos los esquemas clásicos de los griegos y de la tradición judaico-cristiana. En muchas ocasiones, dejándonos guiar por dualismos ya caducos, el cuerpo es considerado como lastre del espíritu. E. Morín «(30) señala que una resurrección de los cuerpos, a raíz de estas concepciones, podría desembocar en «puritanismo o puterío». Sin embargo, los antopólogos más profundos tienden a valorar con más nitidez el sentido de el cuerpo, como hace el emergetismo (Popper, Pinillos, Zubiri...) y a superar parcelaciones sectoriales inaceptables.

Para el joven contracultural el cuerpo deja de ser un enemigo y pasa a ser compañero de la propia aventura de vivir. Sin el cuerpo no hay persona. Y con la represión del cuerpo se incurre en la esclavitud. Los sentidos se aprecian como fuentes primarias del contacto con la vida. Y la satisfacción de sus exigencias es la primera forma de acercarse a la realidad.

La forma más explícita de adherirse a estos principios es la liberación sexual.

En ocasiones esta reacción se expresa con cierta agresividad, como acontece a quienes «se han sentido alineados, mermados sexualmente por la atroz religión judeo-cristina con sus pestilentes conceptos del pecado y con su perro guardian de la moral» (31). Pero en muchas ocasiones las reacciones son de tipo práctico. Se abandona sin más la axiología cristiana y se vive de espaldas a la moral tradicional, considerando que puede servir para mantener el orden establecido por las clases

(29) Cfr. E. Morín, *Ecología de la civilización tecnocrática*, Valencia. Public. Univers. 1981.

(30) Cfr. *Op. cit.* pg. 50.

(31) G. Real, *Los dragones del sexo*, Ajoblanco. 3). 1978 p. 33.

dominantes y por los adultos, pero no es asumible para quien quiere gozar de la vida y aprovechar los cuatro días sanos de que vamos a poder gozar. «Un hombre total, un hombre liberado auténticamente, solo vive cuando lo hace entregado al deseo» (32).

El punk participa, sin mucha reflexión y sin afantes de justificación, de esta segunda actitud. Vive sin más el momento presente. Se entrega al placer cuando puede y como puede. Hace con el cuerpo lo que quiere. Sabe que lo pulsional es pasajero y debe gozar de ello cuando se le presente delante.

Sus expresiones y sus actitudes no dejan lugar a ello. ¿Alcohol? Hay que servirlo «a punta de pala». ¿Comer? «Cuando puedas, y lo que puedas». ¿Deporte? Es cosa de «fachas» y de «montajes burgueses». ¿Acostarse? Con quien quieras y cuando el otro quiera. ¿«pasta...» «unte»? Saca todo lo que puedas a los mayores que para eso lo tienen. Son formas groseras e indignas de hablar. Pero están en sus labios y las hemos oído repetidamente sin ningún asomo de pudor o de miedo. Es difícil saber lo que hay de ignorancia, de desvergüenza, de cinismo o de insensibilidad y corrupción.

Cuando hemos preguntado a algunos si verdaderamente no saben diferenciar entre amor y simple copulación, se quedan un tanto inhibidos y vacilantes. Para unos, todo se reduce «a irse al catre y para qué pensar en más». Para algunos el amor es cosa a parte o simplemente que «no es posible que exista».

Sin embargo, el Punk mira mucho a su cuerpo. El símbolo es el esmero por su decoración exterior. Para el Punk la estética tienen bastante importancia y dedica a sus formas muchos esfuerzos y mucho tiempo.

En el Punk radical de los primeros tiempos los ornamentos eran expresión de su personalidad original. Estaba teñida de rebeldía, de agresividad y de ironía. El after-punk sigue revalorizando la estética aparentemente, pero desprecia los significados. Siguen los trajes negros, preferentemente de cuero. Se conservan los peinados coloristas y chillones que reclaman esfuerzos y continua atención. Se incrementan los colgantes, cadenas, candados, collares de perros con sus típicos clavos, vestimentas militares, alfileres, alguna insignia nazi, alguna estola católica, gargantillas y muñequeras metálicas, etc. No todos tiene claro su significado y eluden el detenerse en excesivas justificaciones. Abundan cada vez más los que se hunden en los «antros» en que se encuentran sin ningún esmero ornamental y poniendo en sus ojos el asco infinito que sienten por todo lo que les supone esfuerzo y exigencia.

(32) Bookchin, *Anarquismo en la sociedad de consumo*, Barcelona. Kairos 1977. p. 79.

Se puede decir que la mayor parte busca y conserva los símbolos como prenda de identificación, más que como manera de expresión intencional.

Es curiosa también la observación de que cuanto más joven es el punk, más importancia atribuye a los signos. Mientras los adolescentes los encuentran sabrosos y los exhiben con agresividad ante los mayores y los desconocidos, los de más edad minimizan su importancia y se niegan a identificar con ellos su actitud existencial. Pero todos coinciden en alguna forma con su necesidad de identificación local. Por eso en las principales ciudades las «zonas punks» adquieren cierto sabor folklórico. El «Ras de Barbieri», la entrada del «Rock-Ola», la «Morasol», «Malasaña» o «Chueca», son siempre escaparates de punks de atardecer y también de amanecer. Cada lugar posee, por otra parte, cierto aire original, aun conservando sus rasgos comunes.

Las relaciones en la vida punk

La actitud punk expresa de una u otra forma ruptura. A simple vista podríamos pretender encontrar en ella manifestaciones de amistad, solidaridad, fidelidad, estabilidad. Sin embargo, ahondando en los valores sociales de estos grupos, nada hay de estable en ellos. Su inseguridad los convierte en oscilantes y tornadizos.

Tanto la pareja como la vida familiar fueron puestas en entredicho por todos los grupos contraculturales. La familia no les satisface sus necesidades de afecto, seguridad o pertenencia. Por eso la rechazan. Sus dificultades para apreciar el amor les aleja también de la pareja fija y permanente. Nada más lejos del punk que los compromisos que han de durar toda la existencia. Hasta la misma relación maternal se diluye, cuando algún hijo viene a consagrar una feminidad (33).

Como dice Morin, «la relación se expresa por la alegría y el placer y nunca como expresión de autodisciplina o de autocontrol» (34). El placer inmediato satisface el momento. En ningún caso transforma la existencia, pues esto supondría un proyecto firme y el punk desconoce el proyecto y carece de firmeza.

Las mismas relaciones que pueden establecerse en las comunas y en los grupos «tienen más de oposición a la autoridad que de encuentro gratificatante» (35).

Y los demás tipos de relaciones: culturales, artísticas, políticas, también

(33) Cfr. Melville, K., *Las comunas en la contracultura*, Ed. Kairos. Barcelona, 1976, págs. 181 y 182.

(34) Morin, *Ob. cit.*, pág. 145.

(35) C. Díaz, *Las teorías anarquistas*, Madrid. Ed. Zero, 1977, pág. 191-192.

religiosas o profesionales, se manifiestan en los punks frágiles y relativas. Se rehúye el compromiso. En consecuencia, se teme las ataduras y se eluden las formalidades.

Los punks «pasan» de la política, también de la religión, de la moral y de cualquier estructura social. En esto son fieles a su carencia de principios y se encuadran en el movimiento de los «jóvenes desilusionados que atiborran todas las formas convencionales de convivencia» (36).

Las palabras «solidaridad», «libertad», «justicia» y otras semejantes abundan en sus labios. Pero los mensajes que llenan su mente resuenan de forma muy diferente y con innegable «egocentrismo». Gustan más de combatir, aunque ciertamente sin fuerza, las estructuras, las autoridades, las tradiciones, las normas, los condicionamientos. Por eso todo lo punk está teñido de resabios anarquistas, de desobediencias intencionadas, de objeciones morales.

Y mientras esto dicen y piensan no pueden prescindir de los reclamos de la propaganda, de los instrumentos sofisticados, de exigencias consumistas y de reclamos propagandísticos. No en vano la mayor parte de ellos ha nacido y crecido en ambientes burgueses y ha abandonado lo que de esfuerzo tiene la burguesía para acogerse a los frutos del confort por ella engendrado. La respuesta irónica y despectiva sigue a cualquier acusación de incoherencia y el cinismo frecuente calculado es lo que ornamenta sus argumentos cuando a veces se atreven a justificar sus reacciones.

No es arriesgado definir el movimiento punk como un movimiento de insolidaridad, de subjetividad y de inmediatez. En esto se distancia de los ideales juveniles de la Revolución de mayo del 68. Allí se ventilaban unos ideales y se construía una utopía, pues se intentaba el cambio social y se aspiraba a una superación de la burocracia. Sin embargo, en estos grupos se carece con frecuencia de plan, de intención de futuro (37).

El vacío es el gran riesgo de cualquier punk, individual y personalmente considerado. Cuando los años pasan y la etapa de evasiones comienza a ser superada, cuando se termina la umbilicación financiera que muchos conservan con sus familias con el frecuente motivo de evitar una ruptura, total y sobre todo cuando surgen compromisos serios como el de hijos que se tienen a despecho de todas las previsiones, entonces el punk muere y se perpetúa vivo el ser humano desconcertado y verdaderamente «marginado». Los que han llegado a pensar en estos planteamientos rozan a veces las fronteras de la angustia y de la esquizofrenia. Pero hasta que esto llega, la gran mayoría prefiere no pensar en la oscuridad del porvenir.

(36) Cfr. H. Marcuse, Barcelona, Seix Barral, 1976, Cp. II y IV.

(37) Cfr. también P. Goodmann, *Problemas de la juventud en la sociedad organizada*, Barcelona. Ed. Península, 1975.

Y es aquí donde tal vez queda un resto de esperanza redentora que ningún educador, ningún padre o ningún responsable social debe ignorar ni olvidar. Si en la euforia de la banda punk la intervención queda prohibida o esterilizada por la estridente carcajada del que no tiene otra forma de defenderse, cuando llegan esos momentos de fragilidad existencial y personal, hay que contar con los últimos recursos de unas semillas de sensatez o de unos rescoldos de responsabilidad. Pero es evidente que, para cuando esos momentos se presenten, hay que estar preparados (38).

Hay que saber aprovechar los restos de ilusión que en muchos de ellos permanecen de alguna manera: el pacifismo en medio de su desconcertante desconfianza en los hombres, la ecología en medio de su hambre desmedida de luces fluorescentes, la expresión artística a pesar de la pobreza estética de muchas de sus canciones, la solidaridad universal en contra incluso de su egocentrismo visceral.

Y hay que diferenciar bien entre los que se refugian en estos grupos y movimientos, como forma provisional e inmadura de expresar su disconformidad y los que son ya personalidades empobrecidas y con escasas posibilidades de recuperación. Los segundos, que venturosamente no son muchos en número, apenas si cuentan con recursos éticos y psicológicos de orientación. Pero los primeros, que constituyen las bandadas adolescentes que todavía no han tomado partido en la vida, que aún se sientan en las aulas para cursar unos estudios y llegan tarde al hogar para seguir discrepando de los consejos y reconvenciones de sus padres, se hallan todavía en situación receptiva, si se sabe atinar a tiempo con palabras y con criterios susceptibles de asimilar (39).

Cualquier educador responsable se siente interpelado seriamente por todo lo que pasa en el mundo de los jóvenes. Evita el tomar a broma sus estridencias y sus reacciones y mucho menos se deja llevar por fáciles desprecios de sus expresiones corporativas. Se mantiene alerta para que los fenómenos del mundo juvenil no produzca desconciertos y busca pautas de acción educativa para poder orientar a tiempo los impulsos que muchas veces se desvían por inoperancia o ineptitud de quienes tienen la misión de educar.

Seguir de cerca a los punks

El educador experimentado sabe vencer su curiosidad cuando se trata de entender y seguir a los grupos marginales y las tendencias excéntricas de los movimientos juveniles. Ve en los peinados y en los colgantes

(38) Cfr. F. Jiménez, *Violencia y marginación*, Murcia, Public. Univers, 1984.

(39) Cfr. D. Szabo, *El adolescente y la sociedad*, Barcelona. Herder, 1984, también A. M. Rocheblave-Spenle, *El adolescente y su mundo*, Barcelona. Herder, 1984.

de los punks algo más que una novedad o una estridencia. Observa, piensa, analiza, relaciona, interroga y proyecta. Explora los lenguajes y sobre todo los criterios para poder situarse ante el fenómeno. Si el caso llega, sabe introducirse hábilmente en este mundo para poder valorar las cosas desde dentro, sin refugios cómodos a las estructuras tradicionales y sin desahogos que muchas veces no expresan otra cosa que incomprendimientos (40).

La música es el lenguaje preferido por este mundo de protesta y de ruptura. Ya se han superado los reclamos novedosos del programa «Esto no es Hawai» y ya no se centra todo en Salas musicales y Discotecas como Rock-Ola. Ya está lejos el escándalo del grupo Las Vulpes con su melodía «Me gusta ser una zorra»; y ya no atrae tanto el cine Almodóvar con escenas de «Pepi, Luci, Bom y otras chicas del montón». Ya no suenan canciones como «Ayathola, mo me toques la pirula» o «Todos los ahorcados mueren empalmados» del grupo «Siniestro Total». (41) Pero sus ecos siguen latiendo en el ambiente y lamiendo la sensibilidad de muchos jóvenes, más o menos comprometidos afectivamente con todo lo que estos gestos y signos representaban en su tiempo. Quien quiera lanzar un mensaje de salvación a esos estamentos tiene que acercarse a ellos sin deseos de anatematizar apriorísticamente ni exigir rectificaciones en función de una ética preconcebida y desencarnada.

La prensa tiene el terrible peligro de buscar la novedad y por eso relativiza irremediabilmente los hechos y sus significados en aras de la primicia informativa. Los punks ya no son noticia. Pero no quiere ello decir que hayan dejado de ser existencia y manojos de vidas concretas. Pero deben seguir desafíos para quienes se sienten profesionalmente vinculados al mundo juvenil.

Hay que saber ver en el anonimato de cada muchacho perdido en una escalinata de barrio el drama de un ser humano que solicita con urgencia la mano amiga que le acerque una promesa de salvación (42). Si

(40) Por ejemplo, sabe explorar en las letras de las canciones o en las páginas de las publicaciones punks lo que hay de mensaje y de lenguaje. Maffi recogía en 1971 ya la existencia de unas 500 revistas underground en EE.UU y avisaba de la existencia de innumerables publicaciones en todo el mundo. Un educador que desprecia las desaparecidas «Ajoblanco», «Ozono» y otras publicaciones similares en España, se declara por lo mismo incapaz de entender lo que se escondía detrás de sus páginas. Sólo después de haber ojeado algún número de «la Vibora» o de «Metal Hurlank», se puede uno acercarse al chico enfundado en una cazadora de cuero y amparado por un peinado rojizo y erizado, debajo del cual late sin duda una persona, que como tal es un misterio y esconde un porvenir.

(41) Los nombres y los títulos se pierden con la voracidad de los teletipos informativos. Cambian cada pocas semanas. Pero expresan con evidencia una vida fugaz que late debajo de ellos.

(42) Cfr. a modo de ejemplo la novela de Kathy Acker. *Bood and guts in high School* (Traducida con el título: *Aborto en la Escuela*). Barcelona Ed. Anagrama. 1987.

se busca la banda, el rito estrambótico, el sexo, la droga, la violencia y la marginación, es debido a que un tremendo vacío interior se apodera de su espíritu y un sendero de rechazos y conflictos jalonan ya el itinerario de su corta existencia.

La «juventud de los años ochenta» ofrece entre sus características fundamentales su autovaloración, su conciencia de poder, su sentido de clase, aunque sea también consciente de la limitación de sus medios y recursos en una sociedad regida por los adultos (43). Si busca inconscientemente el reagrupamiento, se debe con frecuencia al deseo que experimenta de afianzarse ante sí misma y ante los demás. No tiene otro significado ese fenómeno peculiarmente juvenil de las banderías, de los lugares preferentes de encuentro de los signos de identificación grupal y de los lenguajes peculiares comunidades al margen de cualquier sistematización didáctica.

El movimiento punk, como cualquier otro grupo de choque, ofrece los signos contraculturales de reacción y respuesta inconformista a una sociedad estructurada, opresiva e insatisfactoria. Pero su originalidad es mucho más amarga, pues se presenta como el estilo más alejado de la esencia juvenil que es esperanza, proyecto, autenticación y encuentro. El punk es triste hasta en sus adornos. Es pasivo hasta en sus instintos. Es egoísta hasta en sus servicios. Es pobre sobre todo en sus criterios. Es a veces incluso peligroso hasta con sus amigos. El punk tiene mucho de loco (44), pero su locura no es un simple desequilibrio sino una profunda desviación vital. No valora la vida más que como oportunidad de satisfacción presente. No respeta la vida ajena, sino en cuanto no perturba la propia. El punk ignora el derecho, la ética, la política, la mística y hasta la estética. El punk verdadero es un cadáver ambulante porque en sus ojos no brilla la ilusión del porvenir. Es decir, como dice un libro de título flagelante, el punk es muerte joven (45) y este concepto repugna tanto a la naturaleza que no deja de originar temor y desesperación.

Precisamente por este motivo el movimiento punk, en lo que tiene de auténtico en cuanto pseudoideología, puede ser presentado como la principal llamada de atención a los educadores de este final de siglo, que seguramente se verán más de una vez enfrentados al derrotismo clavado en las carnes de una juventud traumatizada. Más que ningún otro grupo, estilo o movimiento juvenil, la «filosofía» punk ha de proporcionar profundas reflexiones sobre todo el tejido social, sobre las estructuras familiares y escolares, sobre las amenazas morales, ideológicas

(43) Cfr. el Informe de la UNESCO, *La juventud de los años 80*, Madrid. Ed. Unesco. 1982.

(44) Cfr. J. Thuillier, *El nuevo rostro de la locura*, Barcelona. Planeta. 1981.

(45) *Punk, la muerte joven*, J.C. Kremer, Barcelona. Bruguera. 1978.

y sociales, sobre los riesgos laborales, sobre el erotismo del consumo y sobre la esterilidad de la automatización.

Pero esta reflexión no se hace en la mesa de un despacho y con la simple lectura de Séneca o de Nietzsche, profundizando a Comte o aplaudiendo a Sarte, despreciando a Scoto o alabando a Ortega. El conocimiento vital de lo punk se logra sólo con la mochila al hombro y tumbándose en la escalinata de olor desagradable para observar, oír, cantar, comprender y respetar. Los que hemos tenido esta experiencia cambiamos muchas estructuras mentales, sociales, políticas y hasta religiosas (46). Llegamos con facilidad a entender que lo punk no deja de ser una abstracción y que lo único que existe es tal o cual punk. Entendemos entonces que este hijo de familia burguesa, cuyos únicos textos reales de estudio son los discos de rock, se halla sentado junto a nosotros, no porque le encante el aroma pestilente de cuerpos que no se lavan casi nunca, sino porque terminó asqueado de unas exigencias académicas que iban en contra de todas sus aficiones naturales. Sabemos que este manantial de blasfemias, que no puede menos de sorprendernos, ha pasado su infancia entre devociones e iconografías religiosas a las que un día terminó repudiando. Y sentimos también pena por esa muchacha de clase media y de falda muy corta, que ignoró lo que era el amor familiar, pues contempló desde pequeña a sus padres viviendo juntos de cara a la gente, pero negándose la palabra al cerrar tras de sí la puerta del hogar. Sintiendo el peso de la vida en la silueta de cada figura con nombre propio, es como logramos acercarnos de verdad a cada uno de esos personajes aptos para ilustrar un álbum de fotos y para romper los esquemas y cánones artísticos de cualquier estilo clásico.

Lo punk comenzó siendo una protesta y una ironía contra los formalismos monárquicos de Londres. Siguió como un estilo más en la baraúnda de originalidades juveniles que invadía, en los setenta y a comienzo de los ochenta las ciudades de América y de Europa, con frecuencia fue una bandera de rebelión juvenil (47) contra las estructuras y contra los criterios establecidos, en múltiples ocasiones se convirtió en una plataforma para justificar las toxicomanías y otras múltiples dependencias de cuño burgués y capitalista. En la actualidad es auténtico alda-bonazo a la conciencia social y sobre todo al mundo de lo que profesionalmente tienen que señalar pistas y razones de vivir a los hombres nuevos que se abren a la vida.

Lo punk no es todavía historia. Podemos sospechar que variarán en los

(46) Cfr. T. Pérez, *Educación religiosa y alienación*, Bilbao. Akal. 1982. También J.L. Aranguren, *Bajo el signo de la juventud*, Barcelona. Salvat 1983.

(47) E. Ander, *La rebelión juvenil*, Madrid. Marsiega. 1980. También E. Fisher, *Problemas de la generación joven*, Madrid. Ayuso. 1975.

años venideros los atuendos y los lenguajes. Pero en cuanto expresión de una juventud asqueada y desilusionada, corre el peligro de durar mucho y seguir siendo un perpetuo desafío a la sociedad y al mundo de la educación. El punk, y sobre todo lo que significa, no se erradica reprimiéndolo, combatiéndolo, maldiciéndolo, ironizándolo o ignorándolo. Es un cauce de protesta. Por lo tanto es imprescindible escucharlo, comprenderlo, hasta respetarlo, interpretarlo y asumirlo.

Todo lo punk huele a vacío, a desesperanza y a soledad. En los últimos diez años ha llamado con silencio a las puertas de los jóvenes para llenar sus mentes y sus afectos de bullicio y de ilógica necesidad, de tristeza y de sequedad.

Tal vez, después de este tiempo y de la experiencia aportada, se está ya a punto de aceptar el desafío punk y de actuar en consecuencia.